

GRANADA 1924.
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ,
FEDERICO GARCÍA LORCA
Y MANUEL DE FALLA
EN EL GENERALIFE

Del 14 de junio
al 15 de septiembre de 2024



Sala A

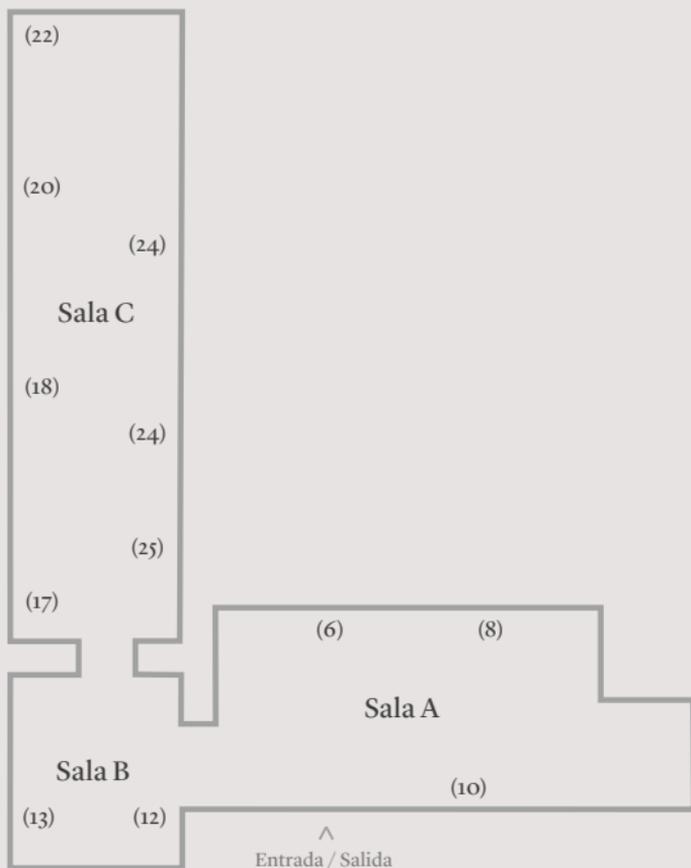
EN UN TREN LLEGANDO A GRANADA ⁽⁶⁾
UN VIAJE DECISIVO ⁽⁸⁾
EL REGANTE DEL GENERALIFE ⁽¹⁰⁾
(Fragmento)

Sala B

HADILLA DEL GENERALIFE ⁽¹²⁾
GENERALIFE ⁽¹³⁾
(A ISABEL GARCÍA LORCA, HADILLA DEL GENERALIFE)

Sala C

SOBRE EL CIELO BAJO DE GRANADA ⁽¹⁷⁾
EN EL CARMEN DE HERMENEGILDO LANZ ⁽¹⁸⁾
EL LADRÓN DE AGUA ⁽²⁰⁾
LLEGA FALLA ⁽²²⁾
MUERTE Y EXILIO ⁽²⁴⁾
DÍAS COMO AQUELLOS ⁽²⁴⁾
LAUREL DE LA HUERTA DEL TAMARIT ⁽²⁵⁾



Sala A

EN UN TREN LLEGANDO A GRANADA ⁽⁶⁾
UN VIAJE DECISIVO ⁽⁸⁾
EL REGANTE DEL GENERALIFE ⁽¹⁰⁾
(Fragmento)

La visita que Juan Ramón Jiménez y su mujer, Zenobia Camprubí, hicieron a Granada en junio de 1924, invitados por Federico García Lorca y su familia, les dejó una impresión indeleble que guardaron en su memoria el resto de sus vidas. Durante aquellos días compartidos, Juan Ramón y Federico fortalecieron su amistad en el misterio de la poesía, y el afecto que se profesaban pronto se hizo extensivo a sus familias. La presencia también de Manuel de Falla hizo que aquel encuentro se convirtiese en un momento memorable de la historia de la cultura de la ciudad, de España y del mundo.

Esta exposición quiere entrar en ese tiempo, pues hacerlo es, de algún modo, profundizar en la vida y en la obra de estos tres andaluces universales. A través de los textos del libro *Olvidos de Granada*, que Juan Ramón escribió tras el viaje, de algunos de Federico, así como de la correspondencia, las fotografías y otros materiales —manuscritos, libros, partituras y objetos—, la muestra traza un itinerario que nos envuelve y nos hace partícipes de la luz y del milagro de aquellos días que regresan hoy a Granada cien años después.

Otros personajes y artistas de la ciudad acompañaron a Zenobia y a Juan Ramón en Granada; singularmente, Emilia Llanos, Hermenegildo Lanz, Manuel Ángeles Ortiz y Ángel Barrios. A diferencia de Juan Ramón, que estuvo dos semanas en la ciudad, Zenobia sólo pudo estar cinco días, pues la delicada salud de su madre la obligó a volver a Madrid. Desde allí, escribió cartas a Juan Ramón, a la familia Lorca y a Emilia Llanos. Estas, así como otras posteriores entre el matrimonio Jiménez y Federico y su familia, son hoy testimonios valiosísimos, ventanas en el tiempo, que nos ayudan a revivir aquellos días.



Jardines del Generalife, junio de 1924. De izquierda a derecha:
Federico García Lorca, Zenobia Camprubí, Isabel García Lorca, Emilia Llanos,
Juan Ramón Jiménez y Concha García Lorca. Fundación Federico García Lorca

EN UN TREN LLEGANDO A GRANADA

Sueño profundo con Granada en un tren llegando a Granada. Rumores en la sombra, agua, aire.

Por la mañana, con Federico, Isabelita, Paco, Conchita, arriba a la Alhambra, al Generalife.

*

El viaje fue encantador. El paisaje español, desde Vilches sobre todo, cordillera de rojos olivos en guirnalda y adelfas con el rompiente de Andalucía al fondo, nos sacaba de nosotros. Por la tarde, Iznalloz, el pueblo en sombra de su monte, con su escalofrío estival. Al fin entramos en Granada con Venus de diamante sobre la peñascosa, seca sierra gris. z

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ



Zenobia Camprubí, Isabel, Federico y Concha García Lorca en los jardines del Partal de la Alhambra, junio de 1924. Fundación Federico García Lorca

UN VIAJE DECISIVO

[...] Granada me ha cojido el corazón. Estoy como herido, como convaleciente. [...] La luz y el agua forman en mis fondos los laberintos más prodigiosos —cielos bajos, delirantes generalifes—. El sol me tiñe de una pena prodijiosa, y el agua me suena como si fuera mi propia sangre. A veces, el ruido de esta agua-sangre de ensueño es tal que me despierto acongojado, con el corazón hecho una torre. Sí, la impresión de tu maravillosa Granada es en mí triste, tristísima, pero de una tristeza tan atraedora que me trae y me lleva como una aguja en ella. [...]

Este viaje ha sido para mí decisivo. Te hablo así porque sé que me comprendes. Mi porvenir, como mi pasado, está en Andalucía y sólo en Andalucía. Los andaluces tenemos que quererla tanto que por nosotros se derrame en todo el mundo, no universalizándose ella —para tu hermano Federico el conmovedor—, sino andalucizando nosotros el mundo entero.

[...] Luego iremos todos los otoños a Granada a morirnos un poco, cada año, de esa vida verdadera, profunda, terrible, del sentimiento prisionero entre torres sin guarda, acompañada de montañas indecibles.

*Fragmento de la carta de Juan Ramón Jiménez a Isabel García Lorca,
Madrid, 19 de julio de 1924*



Jardines del Generalife, junio de 1924. De izquierda a derecha:
Federico García Lorca, Concha García Lorca, Emilia Llanos, Isabel García Lorca,
Juan Ramón Jiménez y Francisco García Lorca. Fundación Federico García Lorca

EL REGANTE DEL GENERALIFE

(Fragmento)

Al oscurecer, estaba yo sentado en la Escalerilla del Agua, Generalife, Granada sola, cansado con la delicia de una tarde de sucesivo goce paradisiaco, sumido, sombra sin peso ni volumen, en la sombra grande que crecía, tintando moradamente, nutriéndolo todo de celeste transparencia, hasta dejar desnudas y en su punto las estrellas.

El agua me envolvía con rumores de color y frescor sumo, cerca y lejos, desde todos los cauces, todos los chorros y todos los manantiales. Bajaba sin fin el agua junto a mi oído, que recojía, puesto a ella, hasta el más fino susurro, con una calidad contagiada de esquisito instrumento maravilloso de armonía; mejor, era, perdido en sí, no ya instrumento, música de agua, música hecha agua sucesiva, interminable. Y aquella música del agua la oía yo más cada vez y menos al mismo tiempo, menos porque ya no era esterna sino íntima, mía; el agua era mi sangre, mi vida, y yo oía la música de mi vida y mi sangre en el agua que corría. Por el agua yo me comunicaba con el interior del mundo. Se oía más finamente cada vez el agua granadí, a medida que el aire oscurecía y a medida que el agua sonaba; y me afinaba más, más, sonando y resonando, el alma, hasta hacerme no oír, decir siendo lo que ella sin duda era o decía [...].

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ,
Olvidos de Granada

Sala B

HADILLA DEL GENERALIFE ⁽¹²⁾

GENERALIFE ⁽¹³⁾

(A ISABEL GARCÍA LORCA, HADILLA DEL GENERALIFE)

HADILLA DEL GENERALIFE

Nada más regresar a Madrid, con el recuerdo vivo de Granada, Juan Ramón escribió el magnífico romance «Generalife», que dedicó y envió a Isabel García Lorca, a la que regaló el manuscrito que aquí se expone. La pequeña Isabel, «hadilla del Generalife», contestó al poeta con una carta de agradecimiento llena de entusiasmo y gracia. Pocos meses después el poema se publicó en el número 1 del cuaderno *Unidad*.



Juan Ramón Jiménez entre los hermanos García Lorca. Federico, Isabel, Concha y Francisco. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico.

GENERALIFE

(A ISABEL GARCÍA LORCA, HADILLA DEL GENERALIFE).

Nadie más. Abierto todo.
Pero ya nadie faltaba.
No eran mujeres, ni niños,
no eran hombres, eran lágrimas
—¿quién se podía llevar
la inmensidad de sus lágrimas?—
que temblaban, que corrían,
arrojándose en el agua.

...Hablan las aguas y lloran,
bajo las adelfas blancas;
bajo las adelfas rosas,
lloran las aguas y cantan,
por el arrayán en flor,
sobre las aguas opacas.

¡Locura de canto y llanto,
de las almas, de las lágrimas!
Entre las cuatro paredes,
penan, cual llamas, las aguas;
las almas hablan y lloran,
las lágrimas olvidadas;
las aguas cantan y lloran,
las emparedadas almas.

...¡Por allí la están matando!
¡Por allí se la llevaban!
—Desnuda se la veía.—
¡Corred, corred, que se escapan!
—Y el alma quiere salirse,
mudarse en mano de agua,
acudir a todas partes
con palabra desatada,
hacerse lágrima en pena,
en las aguas, con las almas...—
¡Las escaleras arriba!
¡No, la escalera bajaban!

—¡Qué espantosa confusión
de almas, de aguas, de lágrimas;
qué amontonamiento pálido
de fugas enajenadas!
...¿Y cómo saber qué quieren?
¿Dónde besar? ¿Cómo, alma,
almas ni lágrimas ver,
temblorosas en el agua?
¡No se pueden separar;
dejadlas huir, dejadlas!—
...¿Fueron a oler las magnolias,
a asomarse por las tapias,
a esconderse en el ciprés,
a hablarle a la fuente baja?

...¡Silencio!, que ya no lloran.
¡Escuchad!, que ya no hablan.
Se ha dormido el agua, y sueña
que la desenlgrimaban;
que las almas que tenía,
no lágrimas, eran alas;
dulce niña en su jardín,
mujer con su rosa grana,
niño que miraba el mundo,
hombre con su desposada...
Que cantaba y que reía...
¡Que cantaba y que lloraba,
con rojos de sol poniente
en las lágrimas más altas,
en el más alto llamar,
rodar de alma ensangrentada!

¡Caída, tendida, rota
el agua celeste y blanca!
¡Con qué desencajamiento,
sobre el brazo se levanta!
Habla con más fe a sus sueños,
que se le van de las ansias;
parece que se resigna
dándole la mano al alma,
mientras la estrella de entonces,
creencia eterna, la engaña.

Pero se vuelve otra vez
del lado de su desgracia;
mete la cara en las manos,
no quiere a nadie ni nada,
y clama para morirse,
y huye sin esperanza.
...Hablan las aguas y lloran,
lloran las almas y cantan.
¡Oh qué desconsolación
de traída y de llevada;
qué llegar al rincón último,
en repetición sonámbula;
qué darse con la cabeza
en las finales murallas!

—...En agua el alma se pierde,
y el cuerpo baja sin alma;
sin llanto el cuerpo se va,
que lo deja con el agua,
llorando, hablando, cantando,
= con las almas, con las lágrimas
del laberinto de pena =,
entre las adelfas blancas,
entre las adelfas rosas
de la tarde amoratada,
con el arrayán ya negro,
bajo las fuentes cerradas.—

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ
(1924-1903)



Isabel García Lorca en el Generalife, junio de 1924.
Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico

Sala C

SOBRE EL CIELO BAJO DE GRANADA ⁽¹⁷⁾
EN EL CARMEN DE HERMENEGILDO LANZ ⁽¹⁸⁾
EL LADRÓN DE AGUA ⁽²⁰⁾
LLEGA FALLA ⁽²²⁾
MUERTE Y EXILIO ⁽²⁴⁾
DÍAS COMO AQUELLOS ⁽²⁴⁾
LAUREL DE LA HUERTA DEL TAMARIT ⁽²⁵⁾

SOBRE EL CIELO BAJO DE GRANADA

En *Olvidos de Granada*, Juan Ramón hace suya la expresión granadina «el cielo bajo» para referirse al paisaje de Granada vista desde lo alto al anochecer, ante el que los viajeros románticos se habían quedado hechizados. El primero fue el escritor inglés Washington Irving: «Cuando cerraba la noche las caprichosas escenas tomaban nuevas formas. Una luz tras otra iban centelleando poco a poco; aquí un farol en el balcón; más allá una votiva lámpara alumbrando la imagen de algún santo. Así, por grados, salía la ciudad de su tenebrosa oscuridad y brillaba salpicada de luces como el estrellado firmamento». Esa visión de Granada desde la Alhambra sedujo también a otros viajeros del siglo XIX como Théophile Gautier o Richard Ford, y llega hasta el siglo XX. Así, en 1909, la escritora María Lejárraga escribe: «El viajero no acierta a explicarse el prodigio, merced al cual la escasa luz del alumbrado público, reverberándose en las paredes blancas, da una prodigiosa refulgencia azulada, que recuerda la fosforescencia de las luciérnagas en las serenas noches de verano [...] Los granadinos llaman a este extraño fulgor de la ciudad en la noche “el cielo abajo”».

EN EL CARMEN DE HERMENEGILDO LANZ

Una de las prosas más singulares del libro *Olvidos de Granada* es la titulada «El ladrón de agua». Con toda probabilidad, Juan Ramón tomó prestado de la tradición popular granadina ese nombre, ya que en el Albaicín existía en 1924, y existe aún, un arco que se llama «El ladrón del agua». Sin embargo, dicho arco no parece ofrecernos nada más que ayude a la interpretación de un texto tan hermético. Hoy sabemos que esta prosa de Juan Ramón nació, como súbita imagen, en una velada en el carmen del Almirante de Hermenegildo Lanz, en el Albaicín. Él y su esposa, Sofía Durán, casi recién casados, fueron los anfitriones de Juan Ramón aquella noche, en la que también estuvo con ellos Federico García Lorca, así como otros personajes de la cultura granadina.



Carmen del Almirante. Ismael González de la Serna pintando un retrato de Sofía Durán. Fotografía de Hermenegildo Lanz



EL LADRÓN DE AGUA

Convencido cada noche por la antigua medialuna granadí de que es un ladrón, el ladrón de agua retumba, cae, zumba, se yergue, se tumba, se retuerce en tetania infinita, enarcadora de pecho y vientre; y quisiera, con su ilusoria moda de calañés y trabuco metamorfoseables, salirnos al paso. Pero no puede. Está perdiendo constantemente hechura y voluntad. Pasa, con mente desvanecida de loco, de ladrón a ladrón. Su acero transparente y frío, está cojido por cabeza y pies, soltado un instante, cojido de nuevo entre verdes colgantes oscuros. Y su pena renegrida, de espantoso ladrón imposible, es la que le da ese atractivo escafriante, ese invariable hechizo.

¿Era él? ¿Quién era? ¿Era el cónsul inglés, la jitana pringosa «bailaora», el pintor local? Ya se acerca, digo, ya nos acercamos otra vez. Ya se oye otra vez su retumbo, zumbo, tumbo sucesivo; su redondo volcarse la entraña negra; ya se ve el saquimete de sus infinitas navajas de Albacete, puñales, facas de fundición constante; su mostrar, en renovados planos distintos, las caras incontables, de frente, oblicuas, cuadradas, de su desesperación; se ve y se oye su darse en la sien, en los riñones, en la espinilla; su fracasar de cualquier modo; su fatiguita sincopante de ahogado repetido; su estrellarse de elemento demente ladrón, que sólo puede sumir, en espejos bruscos, al reino subterráneo, la presa deseada de nuestras caras retadoras; su interminable tormento de rueda que debe volver y no vuelve.

Nos acercamos más, condescendientes, confiados. Nos entregamos a él, le decimos que es ladrón, que no es ladrón; le ofrecemos el reló, un duro, la corbata. (Francisco Giner, que estaba allí entre nosotros, muchacho todavía, lo mira irónico y compasivo). Los niños, casi llegándole, se mojan en él el dedo y saltan atrás riendo nerviosos. Y entre el alboroto condenado de la caída impotente, se le salen de odio irresistible los ojos agrios, bizcos, yertos; se le va la babosa saliva en raudas disolvencias espumosas; se le rompe la mala palabra cóncava, la honda maldición por su venganza encadenada, por su fatal escamoteo; escamoteo, maldición que no tendrán fin ni en el abismo de su líquida imposibilidad total.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ,
Olvidos de Granada

LLEGA FALLA

El sábado 28 de junio, Manuel de Falla vuelve a Granada, desde Málaga. Zenobia ya había regresado a Madrid y Juan Ramón le escribe anunciándole la llegada de su querido amigo: «Vino Falla, encantador como siempre, y anoche estuvo tocándonos hasta las dos, en un paisaje maravilloso». De la experiencia de ese encuentro en Granada con el compositor gaditano nació el retrato que Juan Ramón hizo de él y que incluyó en *Olvidos de Granada* y también en *Españoles de tres mundos*.



Manuel de Falla trabajando en su escritorio en el carmen de la Antequeruela Alta. Fotografía de Rogelio Robles. Fundación Archivo Manuel de Falla



Manuel de Falla en el carmen de la Antequeruela Alta, 1928.
Fotografía de Rogelio Robles. Fundación Archivo Manuel de Falla

MUERTE Y EXILIO

La alegría y los frutos de aquellos maravillosos días de junio de 1924 tuvieron su abrupto y tremendo final con el levantamiento militar del 18 de julio de 1936, el asesinato de Federico y el exilio en América de Juan Ramón y de Falla. La vil ejecución de uno de los poetas más grandes del siglo XX, así como el exilio y muerte, lejos de su amada España, de dos inmensos artistas, son realidades trágicas que llenan aún de ausencias la vida y la cultura de nuestro país.

DÍAS COMO AQUELLOS

[...]

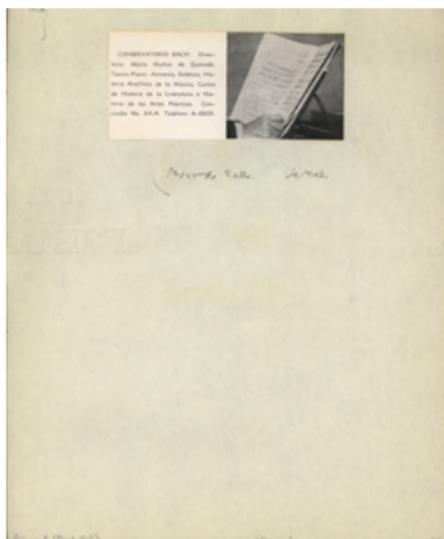
Nosotros no hemos olvidado nunca aquellos días de Granada, en que ustedes nos acompañaron tanto, haciéndonos un doble paraíso de su ciudad maravillosa. Cuando estábamos en Madrid mirábamos con frecuencia aquellas fotografías que nos hicimos juntos en tanto sitio hermoso. Días como aquellos se viven pocas veces en la vida.

*Carta de Juan Ramón Jiménez a la familia García Lorca. Fragmento.
Washington, 30 de diciembre, 1945.*

LAUREL DE LA HUERTA DEL TAMARIT

Juan Ramón reúne en esta página, como en un poema visual, a sus dos queridos amigos, Federico García Lorca y Manuel de Falla, tras la muerte de este último en 1946, regresándoles a su Granada. En la parte superior de la página había unas hojas de laurel, de la que sólo quedan unas sombras, manchas, aún visibles; más abajo, una fotografía de la casa de Falla en Granada. En la parte inferior, con letra de Juan Ramón:

«Laurel de la ‘Huerta del Tamarit’, Granada, donde Lorca vivió sus últimos días. Casa de Falla en la Antequeruela Alta, Granada».



Juan Ramón Jiménez, *Álbum*.

Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico



Lucrezia della ² via della Madonna del Carmine, Grav
no, dove Luca visse sua ultima vita.
Chiesa della Madonna delle Grazie, Grav
no.

EXPOSICIÓN

ORGANIZA

MUSEO CASA DE LOS TIROS DE GRANADA

Fernando Egea Fernández-Montesinos

Delegado Territorial de Turismo, Cultura y Deporte en Granada

Emilio J. Escoriza Escoriza

Director

María José Molina

Conservadora de Museos

Rosa García

Ayudante de Museos

Lucía Águila

Ayudante de Museos

PATRONATO DE LA ALHAMBRA Y GENERALIFE

Rodrigo Ruiz-Jiménez Carrera

Director General

Juan Salvador López Galán

Jefe de Servicio de Investigación y Difusión

Carmen Yusty Pérez

Jefa de Departamento de Difusión

Laura Esparragosa Díaz

Asesora Técnico en Promoción y Tutela

COLABORAN

Fundación Archivo Manuel de Falla, Granada

Fundación Casa Museo Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Huelva

PRESTADORES

Archivo Familiar Hermenegildo Lanz, Granada

Ayuntamiento de Granada

Casa Museo Manuel de Falla, Granada

Carmen Hernández-Pinzón Moreno, Madrid

Fundación Federico García Lorca, Granada

José García Montero, Granada

Juan Manuel Moreno, Granada

Alfonso Alegre Heitzmann

Comisario

creARTE. Gestión y Cultura

Coordinación general

Hueco

Montaje

MAPA

Transporte

Plácida

Diseño Gráfico

Azafatas Alhambra

Atención en sala

Sonia Manganell

Restauración de las piezas de la Casa Museo Manuel de Falla

INFORMACIÓN PRÁCTICA

FECHAS

Del 14 de junio al 15 de septiembre de 2024

LUGAR Y DIRECCIÓN

Museo Casa de los Tiros de Granada

Calle Pavaneras, 19

HORARIO

De martes a domingo y festivos: 11:00 - 14:00 h.

Lunes cerrado.

ENTRADA GENERAL: 1,5 €

CONDICIONES DE GRATUIDAD

- Durante todo el año, presentando la correspondiente acreditación, para las siguientes personas:
 - Las nacionales de los estados miembros de la Unión Europea.
- Estudiantes.
- Las mayores de 65 años.
- Las que estén jubiladas.
- Las que estén afectadas por un grado de minusvalía de al menos el treinta y tres por ciento.
- Miembros del ICOM, ICOMOS, AEM.

ORGANIZA

Museo Casa de los Tiros

Patronato de La Alhambra y Generalife

